



por les sale más barato hacer cine por aquello de que los indios venden el material a precios sorprendentes. Pero lo que está claro es que, por encima de eso, les sale mejor porque tienen, en términos generales, una idea muy clara de lo que puede y debe ser un cine insular, un cine volcado primordialmente a sus problemas inmediatos, a su estética inmediata, sin necesidad de imitar ninguna infiltración foránea.

Ha habido una cierta sensación de vergüenza cuando las peli-

culas canarias se han proyectado al tiempo que una selección de los mejores cortometrajes peninsulares de los últimos años. La distancia de seriedad y rigor entre ambas «escuelas» cinematográficas es abismal.

Era curioso que los propios cineastas canarios no tuvieran conciencia de lo que estaban haciendo. Incluso alguno preguntaba con increíble modestia si sus peli-culitas podían ser contempladas como las «serias» que hacen los godos peninsulares, cuando pen-

Íctico ortodoxo

como Dios manda: el sacerdote regresa al hermano. Es ésta, pues, una notable película, diversión sana con moraleja ejemplar. Muy recomendable para curas postconciliares para que aprendan que todavía les quedan colegas como los de antes: bondadosos y sólo dedicados a sus problemas de familia. Como debe ser.

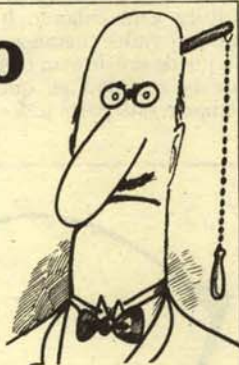
EL VEREDICTO, de André Cayatte. Este inquieto director francés cuenta una historia policiaca con contenido humano brío tradicional: un juez duda entre el amor a su hijo y el ejercicio de su deber. Lástima que Cayatte se haya dejado influir por ciertas modas y el juez prefiera defender a su hijo. Es evidente que en Francia no han tenido su Guzmán el Bueno. Pero como este juez es Jean Gabin, las cosas en el fondo no son tan claras y la película puede considerarse que está dentro de lo legal. Aunque con reservas. Lástima.

BARCELONA

PIM, PAM, PUM, FUEGO..., de Pedro Olea.—Lo que nos faltaba es que estos directores nuevos empezaran a contarnos lo que ignoran: la posguerra española. Porque pasará lo que pasa en esta película, que sólo cuentan lo del hambre y las tristezas y se

olvidan del optimismo de un pueblo fresco y lozano que en el hambre encontraba su alegría. Si hay trapos sucios, se lavan en casa pero no se exhiben públicamente. Porque si se hace, la película será inevitablemente mala. El buen cine es sólo el que es divertido, ejemplar y recto. Y el que encuentra siempre lo mejor aunque sea entre lo desagradable.

CONFIDENCIAS, de Luchino Visconti.—Este viejo comunista está empeñado en que hay un relevo de clases en la sociedad moderna. Y no hace más que contarlo en sus películas. ¿Cómo es posible que precisamente él, un aristócrata, quiera olvidar que siempre ha habido —y habrá— una clase privilegiada, capaz de gobernar a las otras por los siglos de los siglos?



GALILEO O EL SINDROME DE LA OBEDIENCIA

La película sobre Galileo de Liliana Cavani que actualmente se exhibe en nuestras carteleras plantea entre otras cuestiones el problema de la libertad de un intelectual cogido en el cepo de la ideología de una clase dominante. Históricamente el drama tiene ya un valor sólo libresco. Lo importante es que los personajes subsisten. Lo único que ha cambiado, si ustedes quieren, es el traje regional de la época, pero el esquema del drama está vivo: el absolutismo ignorante y servidor de una economía de clase ya no calza la sacra pantufla; anda más bien sutilmente disfrazado de neocapitalista de sauna, camisa rosa, con el nudo de la corbata bastante ancho; el santo oficio ahora ya juega al tenis, se hace dar masajes y el color cetrino con barba de dos días se lo macera con la lámpara de cuarzo. Es un tribunal proteico, de buenas maneras, de rostro humano. Las viejas mazmorras pueden tener moqueta y macetones de ficus, amplios ventanales sobre los tejados de la ciudad y teléfonos de cuatro botones. El intelectual de nuestros días ya no viste jubón y golilla de encaje; puede muy bien estar sentado en ese despacho con atuendo de blue jeans y creerse libre rodeado de secretarías. Al servicio de una sociedad anónima.

En la película sale Giordano Bruno que es un rojo muy radical. Y el señor Galileo que juega el papel de socialdemócrata. Bruno que está muy concienciado plantea la cuestión radicalmente y como es lógico a la hora de la verdad el despotismo, vestido con traje regional o con chaqueta de dos aberturas, responde sin sutilezas y hace asar al hereje, pero esa hoguera es muy poco dramática porque la cuestión está clara: uno tiene la inteligencia, otro tiene la pistola, entonces la inteligencia enmudece. Como en las películas del oeste. Lo realmente dramático es el miedo de Galileo, las fórmulas melosas que le rodean, la transigencia posibilista que le envuelve, su autodestrucción intelectual con objeto de salvar la piel. En los territorios de la tiranía los Giordano Bruno están ligeramente muertos o en la cárcel, pero los galileos andan sueltos y se creen libres. Es una cuestión de técnica. Galileo va por las mañanas al ministerio y firma lo que le echen; por las tardes reniega en las tertulias; por la noche escribe libremente, silenciosamente bajo el flexo eléctrico de la mesa camilla y al día siguiente alguien le dice que eso está muy bien pero que no conviene publicarlo en ese momento. Los galileos que ahora tienen un radio de libertad de coche utilitario y el alcance de onda del Nihil obstat neocapitalista; las fuerzas negras y medievales del despotismo tienen hoy la posibilidad de manipular el telediario. Por lo demás nada ha cambiado. Sólo el síndrome de la obediencia y el traje regional. **VICENT**

saba si el planteamiento no era justamente el contrario.

Lo más sorprendente del caso es que las películas canarias no sólo tienen como reflejo inmediato su problemática social, sino que existen incluso grupos (como el denominado «Neura») que se proponen una actitud contracultural de enorme riqueza imaginativa (como en la película «¿Vamos a desenmascarar al padre Manolo? Bueno, vamos») que podría dar más de un infarto a muchos cortometrajistas peninsulares que yo me sé.

Naturalmente, hay también, por el contrario, grupos y movimientos más conservadores desde todos los puntos de vista. Pero incluso esos grupos han adquirido tal seguridad profesional que resulta muy difícil creer que sus películas estén rodadas en Super 8 mm. Grupos a los que corresponde la gente mayor. Mayoría de edad que en el cine canario se adquiere en seguida teniendo en cuenta que hay exce-

lentes películas (como «Informe: la economía canaria») realizadas por jóvenes de dieciocho años.

Habrá que convencer a la FilMOTECA Nacional, a los cine-clubs y a todos los centros paralelos para que comiencen a proyectar estas películas. Va a ser divertidísimo ver lo que pasa con muchos «profesionales» serios. Y toda esa diversión vendremos y la comentaremos aquí. ■ **DIEGO GALAN.**

Por las fusas, hacia el gol

La táctica musical

Aunque, como buen español, he sido educado en el respeto a las normas y el amor al deporte rey, he de confesar que en los últimos tiempos me he visto desbordado por el creciente esoterismo expe-